



PERIÓDICO DE CAZA Y PESCA,
DE SPORT Y RECREOS CAMPESTRES, DE ACLIMATACION Y CRIA DE ANIMALES DOMÉSTICOS,
AÑO II. Y DE CUANTO TENGA RELACION CON LA AGRICULTURA Y CON LOS DELEITES DE LA VIDA DEL CAMPO. NÚM. 16.

PRECIOS DE SUSCRICION.

	Mes.	Trimestre.	Semestre.	Año.
Madrid y Provincias.	2 pesetas.	6 pesetas.	12 pesetas.	24 pesetas.
Ultramar y Extranjero.	4 pesos.	12 pesos.	24 pesos.	48 pesos.

SE PUBLICA LOS DIAS 10, 20 Y 30 DE CADA MES.

DIRECTOR PROPIETARIO,

DON JOSÉ GUTIERREZ DE LA VEGA.

Administración: Calle de Espoz y Mina, núm. 3.

Madrid, 10 de Junio de 1879.

REBAJA DE PRECIO DE SUSCRICION.

Haciendo directamente el pedido y anticipando 20 pesetas en esta Administración, en metálico ó por medio de letra de fácil cobro, se obtendrá la suscripción por un año para la Península, y 25 pesetas si es para Ultramar ó el Extranjero.

EL DUQUE DE MEDINACELI.

En el número anterior anunciamos la horrible muerte de nuestro noble amigo é ilustre camarada el joven Duque de Medinaceli, ocasionada por una caída, y por habérsele disparado su misma escopeta, en los momentos en que acababa una cacería en sus montes de las Navas del Marqués el día 13 del mes pasado.

Al publicar su retrato nos aflige nuevamente la triste pérdida del egregio cazador, y asaltan nuestra mente mil consideraciones relativas al descuido de la propia persona, al abandono del arma de vez en cuando homicida, á la irreflexion constante con que salimos llenos de vida y de alegría, con la escopeta al hombro, á desafiar á la muerte, la numerosa sociedad de locos que tenemos la incorregible y dulcísima monomanía de la caza.

No vamos á escribir contra los cazadores, ni contra los peregrinos placeres que traen consigo los magníficos deportes venatorios. Esto sería para nosotros punto ménos que una obra de romanos; sería menester que nos volviéramos locos en el sentido inverso de nuestra constante locura venatoria. Nos pasaría lo mismo que en cierta ocasion, en que nos propusimos convencernos de los estragos mortales que produce en el hombre el abuso de la cafeína y de la nicotina, leyendo lo que sobre esta materia escribía un sapientísimo Doctor, y nos encontramos con que no pudimos acabar la lectura, porque habíamos manchado y chamuscado el libro con los chorros de la taza del café y con la ceniza del cigarro.

La verdad es que este mundo es una jaula de locos, sino que solamente llamamos tales á aquellos cuya locura no está en perfecta armonía con la nuestra.

Volviendo al infausto suceso que nos ocupa, quizás la muerte del ilustre cazador que ha llenado de luto á la sociedad aristocrática, sea la única en que no haya entrado por nada la imprevisión ni el descuido; pero siempre

vendremos á parar en que ha entrado por todo la afición á la escopeta.

Pues bien: con las armas tan casi perfectamente acondicionadas que usamos hoy, en que no hay para qué acercarnos la boca del cañón; en que es tan breve y tan fácil el acto de cargarlas y descargarlas, siempre que demos un paso difícil por aspereza del terreno ó espesura del monte; en que con un poco de cuidado podemos salvar al compañero de nuestros tiros, y ponernos á salvo de sus disparos; en que con ménos trabajo se pueden sacar los cartuchos cuando se da de mano, siquiera sea por poco tiempo, á la tarea de la caza; con esto y con poco más nos ahorrariamos muchas desgracias, quedando aún bastantes peligros, como el de reventar la escopeta, y los que trae consigo la vida durísima del campo entre tantos elementos y animales nocivos.

Con que tengamos en cuenta todas estas consideraciones y otras varias que están al alcance de todo el mundo, nos evitariamos muchos disgustos, y nos sustraeríamos á la censura de los que nos creen rematadamente locos, cuando con un poco de cuidado nada más podríamos reinos nosotros mismos de todos aquellos, más locos todavía, que no saben endulzar los sinsabores de la vida con las suaves y embriagadoras delicias que llenan de plácida calma el corazón, y que solamente experimentan en las románticas soledades de los bosques los que aciertan á probar siquiera un día los sabrosísimos deleites venatorios.

No concluyamos estas líneas sin inspirarnos en el dolor y en el ejemplo que desgraciadamente nos ofrece el malogrado camarada, espejo de caballeros y de virtudes cristianas, el joven Duque de Medinaceli, cuyo retrato ofrecemos á



EXCELENTÍSIMO SEÑOR DUQUE DE MEDINACELI,
MUERTO EN UNA CACERÍA.

nuestros lectores para que no olviden nunca su triste y lamentable historia.

A. T.

MONTERÍAS EN SUIZA.

(Véase la lámina de la página 125.)

Si el mérito de las piezas de caza mayor está en relación directa con lo agreste, pintoresco y accidentado de un terreno, fuerza es convenir en que Suiza es el primer país del mundo para los cazadores, así como ya lo es para los intrépidos viajeros que gustan escalar esas alturas desde las que se contemplan en toda su magnificencia los panoramas más espléndidos de la creación terrestre.

Suiza es, por consiguiente, el paraíso de los cazadores y el sueño realizado de los poetas.

No hay espectáculo comparable con el que ofrecen aquellas altísimas montañas, cuyas crestas se ven coronadas de una nieve que así copia los celajes sonrosados de la aurora, como las tintas de oro con que se despide la luz del crepúsculo de la tarde; aquellas enormes masas graníticas suspendidas sobre los abismos, y que parecen aseguradas por la raigambre de los cedros, los abetos y los olorosos pinos que crecen en unión de innumerables arbustos bravíos; aquella infinidad de pueblos rurales con sus casas de madera, de exagerada techumbre, agrupadas alrededor del tosco campanario, donde retumba para cada habitante, con el eco del bronce, la voz del nacimiento ó la de la muerte; aquellos lagos que semejan limpios espejos colocados allí sabiamente, porque en ninguna parte hallarían marco más adecuado para su belleza diamantina; aquellos barrancos sombreados por bosques de alisos y de avellanos, en cuyo fondo se precipitan, rugiendo las aguas como torrentes de plata pulverizada; aquellos molinos que salen de trecho en trecho como amigos que van á saludar al río, cuando su objeto es sangrarle con una presa para dar movimiento al artefacto, rumores al valle, alegría á la casa y pan á la familia; aquellos rústicos establos y cabañas construidos en el borde de los prados donde hay más hierba para el alimento de las hermosas vacas del país; y por último, aquellos millares de caminos tortuosos, estrechos y guarnecidos de vides silvestres, que suben y bajan siguiendo las ondulaciones del terreno; todo ello reunido y combinado armónicamente ante la mirada absorta del viajero, le demuestra que se halla en presencia de una obra sublime del creador, y que la naturaleza es un gran artista cuando se la abandona á sí misma, dejándola que desarrolle sus poderosos medios para lograr el objeto que se propone.

Dadas las condiciones topográficas del país que ha inmortalizado la ballesta de un valiente perseguidor de gamos, fácilmente se comprende que sean cazadores los hijos de la antigua Helvecia, allí donde el aire puro de las montañas les fortifica el cuerpo, adquiriendo desde las excursiones infantiles ese vigor elástico, esos tendidos músculos de que tanto necesita el que camina por las rocas; ese golpe de vista que se aguza con las grandes distancias; ese valor que nace del hábito constante del peligro, y esa resistencia que parecen haberle comunicado los peñascos que quizás le sirvieron de almohada en su primitiva cuna.

Apénas da el hombre en Suiza sus primeros pasos, y ya se encuentra en una altura; avanza un poco más, y desde la colina que ocupa se abren ante él los valles, y se le presentan eternas cordilleras á la vista; las faldas de las montañas se tornan más cóncavas, como si quisieran seducirle con más espacio, más vegetación y más luz; y cruzando cuencas y despeñaderos, ve aquí y allá manadas de gamos que parecen exhalaciones vivientes; sorpréndele el ruido que hacen cabras y alces al trepar por aquellas empinadas crestas con la misma ligereza que si fuesen bandadas de palomas, mientras oye á largos intervalos la brama del venado, las quejas de la cierva herida por una bala certera, ó la carrera de los corzos que huyen espantados al ver cuánta sangre corre por la herida de la infeliz madre.

Siente impulsos de correr tras de aquellos animales, y como sus miembros y su organismo están saturados del mismo ambiente que respiran los selváticos huéspedes de

aquellos lugares, va en su seguimiento sin cansarse, vuela como ellos por las breñas y los riscos, sube á las mesetas, atraviesa con segura planta los derrumbaderos y precipicios, y si no les da alcance, trepa sin temor hasta lo último, ó sea hasta esos sitios en que la vegetación se empobrece al soplo helado de las regiones frías y al contacto de la esterilidad de la roca.

Así que el cazador ha adquirido ya, no seguridad ni valor, porque tiene ambas prendas, sino experiencia y sangre fría, inventa sus emboscadas y organiza la batida á su manera, pero de modo que caiga infaliblemente la pieza que se ponga á tiro de su carabina, que equivale á colocarse bajo las garras de la muerte.

La mayor parte de los cazadores del país acechan las reses *atalayando*. Las crestas más elevadas de las más altas montañas, casi desnudas y provistas tan sólo de algunos abetos, ó de retamas amarillentas, se pierden en el azul del cielo, ó en las flotantes nieblas que rodean casi siempre las cumbres. Esas nieblas, al velar los límites indecisos de la tierra y del firmamento, hacen que la mirada presuma elevaciones infinitas, en donde se extravía el pensamiento y se trastorna la cabeza; pero la del cazador no se desvanece por ello, y ése es el sitio que elige para apostarse ántes de amanecer.

Allí, inmóvil tras una mata, azotado por un viento que ninguna impresión le produce, porque tiene la piel atezada y curtida por la intemperie, atalaya viva, pero con una vida que sólo se revela en el giro de sus ojos, observa al despuntar el día, con su penetrante mirada de águila, el movimiento de las reses que se retiran de los sitios en que han pastado durante la noche hacia las que-rencias, donde se *agarran* ó se *encaman* mientras duran las horas de sol. Entónces los cazadores se acercan á ellas resbalando lenta y silenciosamente como las culebras, y al llegar á tiro, disparan con sus armas de cañon rayado esas terribles balas cónicas que tanto estrago producen en el cuerpo que van á herir.

Tal ha sido el drama venatorio cuyo majestuoso epílogo representa la pintoresca lámina que acompaña á nuestro relato. Encaramado el cazador en uno de esos altísimos picos, que sólo parecen accesibles con una escalera de mano, teniendo al lado derecho una muralla de granito y al izquierdo los horrores del abismo, baja, apoyado en su baston con contera de hierro, á *cobrar* el magnífico venado herido de muerte y que se revuelca en las convulsiones de la agonía.

La luz de la mañana, que perfila la forma de esos abetos que se ven á lo lejos festoneando el borde de la montaña vecina, alumbra con sus blancos resplandores la alegría del cazador que va á apoderarse de su buena fortuna, y los últimos instantes de la res, que mira con tristeza al barranco, como si quisiera aspirar un poco de aire puro que le restituyera á la vida.

¡Vanos esfuerzos y engañosas esperanzas!

Esos duros peñascales, contra los que ha ido á humillar su orgullosa cabeza, no volverán á ver erguidos los enramados adornos del animal, al que se inclina como para darle consuelo una rama de acebo, ese árbol vigoroso é inmortal, cuya savia hierve bajo la nieve, y cuyas hojas, siempre verdes y barnizadas como el charol, parece que sobreviven á los siglos para compadecerse de las fugitivas glorias del mundo.

J. M. C.

EL MES DE JUNIO.

(Véase la lámina de la página 128.)

Ha comenzado ya ese gran festín con que Dios nos obsequia todos los años, y el *valle de lágrimas*, á lo ménos en la apariencia, presenta por ahora el aspecto del valle de la alegría, porque vamos á considerar á la tierra en su superficie, sin descender á ese abismo de dolores que se llama el corazón humano.

Si hubiésemos de comparar con algo al mes de Junio, diríamos que todo él es un rayo de sol que hace brotar frutos por do quiera para surtir el banquete de que podemos participar, desde el más rico hasta el más pobre, circunstancia que á falta de otros títulos bastaría para glorificar al mes que convierte al mundo en un asca de oro, desarrollando los gérmenes del calor fecundante, que

es el manantial poderoso de donde brotan los raudales de la vida.

Si en Mayo abundan las flores, en Junio abundan más todavía, y con ellas todos los productos de esa madre generosa que no se cansa nunca de dar ciento por uno á los que depositan en ella los tesoros de su fortuna y de sus trabajos.

Junio trae consigo una riqueza de resplandores y de aire perfumado que embriaga y que fascina. Si la noche y el sueño son imágenes de la tristeza y de la muerte, él se encarga poco á poco de ir despojando al universo de negras sombras, aumentando las horas de sol y haciendo más largos los crepúsculos, hasta que el día 21, cansado de tanto despilfarro, se detiene al fin, dejando á su hermano, el mes de Julio, una herencia riquísima de luz que éste no sabe ó no puede conservar intacta, porque cada día va menguando más bajo su dominio.

La vida, pues, es no solamente más grata, sino más larga. En Junio hay tiempo para verlo y para hacerlo todo, y tanto hay que hacer y que ver, que hasta el dormirse nos parece un cargo de conciencia.

Vámonos al campo hasta que el repique de las campanas nos anuncie desde las torres con el toque de vísperas la fiesta solemne del Corpus Christi.

El cielo se ha hecho más formal y olvidado sus caprichosas veleidades de otro tiempo. Apénas si interrumpen su purísimo azul alguna que otra blanca nube, pero de esas que no llevan en sus vapores la tempestad, los relámpagos ni la lluvia, y que no pueden, por consiguiente, desbaratar nuestros planes ni ponernos en precipitada fuga.

El monte, testigo ántes de nuestros deleites venatorios, ofrece hoy á la vista un vasto escenario lleno de animación con los últimos trabajos de la primavera que es preciso concluir ántes de que se echen encima los grandes calores. Las maderas cortadas y labradas de primera mano se llevan desde el cargadero á la carreta para trasportarlas al punto de su destino, mientras se apila el descortazado que va á la tenería. Ambas operaciones han de verificarse en días secos, y por eso se elige casi siempre la segunda quincena del mes.

Los pobres conejos que se habían refugiado entre los palos amontonados ó en la canal que forman naturalmente los corchos, llevan unos sustos de padre y muy señor mío. Y es que está de Dios que los infelices no han de disfrutar una semana de tranquilidad completa, y que han de vivir siempre de milagro como el soldado del cuento.

Las carretas llenas de madera y tiradas lentamente por pesados bueyes tropiezan en el camino con las cuadrillas de esquiladores, que provistos de enormes tijeras, van dejando á su paso los rebaños vestidos de verano, y carreteros y esquiladores se paran en los ventorrillos á saber qué gusto tiene el aguardiente, como si no lo hubiesen probado nunca, ó á remojar la palabra con unas copas de vino pardillo, vino que en vez del despreciable diminutivo con que le nombran, merecería tratamiento de excelencia, ó el superlativo de ilustrísimo.

Este mundo está plagado de injusticias.

Delante del mostrador, que es altar donde se rinde culto á Baco, ese dios que no caduca á pesar de los siglos pasados desde la muerte del paganismo, se encuentran los parroquianos que entran con los trabajadores que van á azufrar las viñas donde se notan los primeros síntomas del oidium, tarea que se ha de repetir dos veces al mes, además de la tercera labor ó rebina, si se quiere preservar y cuidar bien la planta para que en Setiembre no vuelvan vacíos los cestos de la vendimia.

Ya se mecen las espigas medio doradas en sus esbeltos tallos, balanceándose graciosamente al soplo de la brisa, lo mismo que la esperanza se balancea sobre nosotros llenando de ilusiones los sueños del incierto porvenir. Quiera Dios que, así como los desengaños matan las ilusiones del alma, no vengan en Junio esas lluvias tardías á echar por tierra el grano ántes de su madurez, arrebatando la cosecha principal á los labradores, á quienes no les llega la camisa al cuerpo, porque ya saben que el agua por San Juan quita vino, aceite y pan.

Dejémosles que escarden el trigo en paz, despojándole de la peligrosa compañía de las amapolas, impúdicas y atrevidas mozuclas, que sin temor del qué dirán y de

buenas á primeras se meten por esos *trigos de Dios*, buscando quizás livianos pasatiempos, hasta que el escardillo se encarga de poner fin á sus travesuras.

Esto es lo malo que tiene nacer pobre, sin proteccion y sin ejecutoria de hidalguía. Cuando las amapolas mueren es cuando puede decirse que nacen y salen las demas flores al aire libre, abandonando el ambiente artificial de las acristaladas estufas. Con un ligero riego por la mañana y otro por la tarde, ya están despachados los fragantes claveles y los pálidos jazmines, las aristocráticas azaleas de la India, paisanas de la magnolia; los olorosos alelíes, la variada tribu de los geranios, las cariñosas enredaderas que se abrazan y se enroscan al primer tronco ó palitroque que se les presenta, y todas esas diversas familias de plantas vivaces que van despues, como los colores en la paleta de un artista, á esmaltar de un modo peregrino los macizos alfombrados de trébol ó simiente inglesa, lienzo preparado por los jardineros con objeto de que resalten los dibujos y los matices de esas perlas de la floricultura.

El aficionado á legumbres y hortalizas no puede quejarse del mes de Junio, porque les da excelentes adornos para todos los platos. Los ajos tiernos salen de la tierra pidiendo á gritos que los revuelvan con los huevos de una tortilla; las habas piden grandes lonjas del jamon alpujarreño; los guisantes, el puré y los filetes de ternera; los espárragos, ménos pretenciosos, se contentan con un poco de aceite y vinagre; las alcachofas no están á gusto sino confundidas en la suculenta menestra; las coles de York hacen su aparicion para aumentar el mérito de las ensaladas cocidas, y las lechugas y las rizadas escarolas vienen tambien pidiendo agua fresca y su correspondiente aderezo, porque quieren que se les hagan los honores como Dios manda y con arreglo á su categoría. Ningunos tan modestos ni tan humildes como los rábanos. Saben la poca importancia que tienen en el mundo gastronómico, y se dan por satisfechos con que los coloquen en un plato chico en una esquina de la mesa. Como la modestia no sirve para nada, ahí se estarán hasta la consumacion de los siglos.

Las orillas de los rios y de los arroyos se quedan de pronto limpias de juncias y de espadañas; las laderas dan su mastranzo más aromático, las huertas y los jardines se despojan de las rosas, que constituyen su más esplendoroso lujo.

¿A dónde van con tanto apresuramiento?

La juncia mezclada con el mastranzo va á tapizar las calles del pueblo, el mastranzo á adornar las rejas y los balcones, y las rosas van á deshojarse sin pena ninguna para caer convertidas en poética lluvia y entre nubes de incienso sobre la custodia que encierra la hostia, símbolo del cuerpo divino de Nuestro Señor.

Ya se acerca la procesion, ya se descubren los sacerdotes con sus capas cubiertas de oro, ya se escuchan los cánticos sagrados mezclados con las músicas y el clamoreo de las campanas á vuelo.

El mundo entero se prosterna con la cabeza inclinada al suelo.

Doblemos tambien nuestra rodilla, que ya pasa ante nosotros el Rey de los reyes, la Sacra Majestad que está sobre todas las majestades de la tierra.

Treinta y siete pueblos de España celebran sus ferias, sus romerías y sus fiestas de toros en el mes de Junio, y para que nada falte al conjunto, no se cierra la válvula de la alegría sin haber dado paso á las verbenas de San Antonio, de San Juan Bautista y del venerable príncipe de los Apóstoles.

La de San Juan es sin disputa la más bulliciosa de las tres. A las avellanas y á los garbanzos torrados, á los buñuelos y á los roscones escarchados de azúcar, añade el santo, por no venirse con las manos vacías, unas brevas, las más sabrosas del año, y unas peras chicas que son las mensajeras de la cosecha. Las gentes lo esperan la víspera del 24 con enormes hogueras encendidas, sin duda para que vea desde lejos los millares de flores con que piensan obsequiarle en la funcion de iglesia.

Al templo van las mozelas á pedirle al santo un marido, como si los llevara de repuesto en el zurron que cuelga sobre su pellica, y todas, por supuesto, feas y bonitas, pero sobre todo las feas, se han lavado la cara con el rocío de la madrugada anterior, porque dicen que da

belleza á la que no la tiene y conserva hermosas á las que lo son durante el año.

Difícilmente habrá un santo que inspire más regocijo ni que ejerza más prestigio en la imaginacion siempre poética del pueblo.

Ibamos ahora á hablar del gloriosísimo San Pedro; pero este respetable varon se habrá figurado sin duda que en el relato figuraria el gallo ó algun otro pormenor de su vida, cuando nada estaba más lejos de nuestro propósito; pero el caso es que poniendo cara de pocos amigos y haciendo un ruido muy significativo con las llaves, nos indica que es hora de concluir, y cierra de sopetón las puertas del mes de Junio, dejándonos con la boca abierta y en pleno uso de la palabra.

Ya nos desquitarémos en Julio de este golpe de autortad que ha copiado San Pedro de las modernas prácticas parlamentarias.

C. T.

LAS INUNDACIONES Y LOS PESCADOS.

I.

Ante las crecidas que experimentan todos los años los lagos y corrientes de agua, y las inundaciones que son su secuela con frecuencia, naturalmente el pescador trata de investigar la influencia que éstas ejercen en los pescados y en la industria de la pesca.

La masa líquida de los lagos y de las corrientes de agua no deja de variar desde principios de la primavera hasta fines del invierno; se aumenta durante las estaciones lluviosas, y en la época en que se derriten las nieves; al contrario, disminuye cuando el tributo de las nieves y de las nubes no iguala en abundancia á toda el agua que han consumido las tierras y las raíces de las plantas, y la que hacen evaporar los vientos y el calor.

Bajo la influencia de estos diversos fenómenos que la aumentan ó la disminuyen, el nivel de las aguas oscila constantemente entre la abundancia y la escasez. La cantidad de agua que tiene un lago ó un rio, es en tiempo de una crecida cinco, diez, treinta, cincuenta y hasta cien veces más considerable que en la época de escasez.

La abundancia de las lluvias son la principal causa del aumento de las corrientes, y por eso las crecidas deben forzosamente efectuarse en las estaciones lluviosas.

En las regiones tropicales, en que las zonas de las nubes y de las lluvias repentinas se trasladan regularmente de norte á sur y de sur á norte durante el curso del año, las oscilaciones del nivel de los rios pueden ser, lo mismo que las estaciones, calculadas y predichas de antemano segun la marcha del sol por la eclíptica.

Fuera de la zona tropical, los rios ofrecen ménos regularidad en sus crecidas anuales, porque las mismas lluvias se distribuyen más irregularmente en las diversas estaciones.

Sin embargo, aparte de algunas excepciones rarísimas, no deja de manifestarse un orden incontestable cada año en la precipitacion de la humedad atmosférica, y este orden se encuentra en la oscilacion correspondiente del nivel de los rios. Así, por ejemplo, en las regiones de lluvias de invierno, de primavera y de estío, las crecidas se efectúan comunmente del mes de Octubre á Mayo; en los países que baña el Mediterráneo, en que predominan las lluvias de otoño, las corrientes de agua aumentan á fines de año.

Muchas corrientes de agua de la zona templada presentan, en sus oscilaciones de nivel, un fenómeno de compensacion muy notable. Son los rios que reciben á la vez los riachuelos alimentados por las aguas de lluvia y de los torrentes engrosados por el deshielo de las nieves. Las variaciones de los rios de las llanuras, siendo, segun las estaciones, precisamente inversas de las variaciones que sufren los tributarios que bajan de las montañas, su nivel permanece por lo regular casi á una misma altura siempre. Los afluentes de agua de lluvia disminuyen de volumen en la época en que crecen los afluentes que descienden de las neveras, es decir, en estío.

En invierno y en primavera, al contrario, las neveras no dan sino muy poca agua, mientras que la lluvia inunda los llanos y llena los rios hasta los bordes: de este

modo es como la riqueza de un afluente equilibra la pobreza de otro.

Los ribereños de los rios de la mayor parte de Europa no tienen sólo que temer, como sus antepasados, las lluvias excepcionales causadas por las revoluciones atmosféricas, sino que deben esperar igualmente una irregularidad tanto mayor en el régimen de las aguas é inundaciones cuanto los pantanos y los estanques están más secos, y que las pendientes de las montañas se hallen más despobladas por el hacha del hombre, ó de hierbas por el diente de las cabras y los carneros. Tienen que temer tambien los efectos inmediatos de los canales subterráneos de los cultivos, y, por último, el número más ó ménos considerable de zanjas y fosos que se abren á cada paso á orillas de los caminos, en los que desembocan las regueras de las propiedades particulares, para el entretenimiento de las cosechas, y que disminuye por consecuencia la altura de las crecidas.

Bajo la influencia de todas estas causas, que obran de tan diversos modos en la economía de los rios, los unos como el Oder desde 1778, y el Elba desde 1828, han perdido volumen; los otros, como el Tajo y el Ebro, parece que no han perdido nada de la abundancia de sus aguas; pero en cambio sus inundaciones son mucho más peligrosas que en otras épocas.

Algunas de estas inundaciones tienen tales proporciones, que son verdaderos cataclismos para los sitios limítrofes.

Felizmente, en el cauce de un rio la coincidencia exacta de muchos de sus afluentes es un hecho raro, y casi ninguna vez se ha visto á todos los tributarios crecer á un mismo tiempo.

En efecto; cuando un viento de lluvia penetra en un valle, descarga su rocío ya en un sitio, ya en otro, y las diversas corrientes de agua que hace crecer, desaguan sucesivamente despues del paso de las nubes.

Si los lagos de Constanza y de Génova no existieran, los valles del Rhin y del Ródano no formarían sino dos vastas extensiones de agua; porque todos los años estos dos lagos, sin lluvias extraordinarias y sólo por la licuacion de las nieves, aumentan su nivel de 2 á 3 metros, lo que produce en el lago de Constanza un aumento de unos 2.000.000.000 y medio de metros cúbicos de agua, y en el de Génova de 1.770.000.000. Puede concebirse, por consiguiente, que si este inmenso volumen de agua no estuviera contenido por las montañas que en la desembocadura de estos dos lagos lo detienen y no permiten el derrame sino segun la anchura y profundidad del rio, todos los años se efectuaría una espantosa inundacion.

II.

Ahora vamos á examinar la influencia que estas grandes perturbaciones en el régimen de las aguas corrientes pueden causar en los habitantes de los lagos y rios.

Sobre la tierra, el agua simboliza el movimiento por excelencia; abre, socava, mina, arrastra, levanta incesantemente las tierras y las rocas que la detienen ó que se oponen á su paso; piedra á piedra, grano á grano de arena, lleva las montañas á los valles y al mar; no es únicamente un camino que anda, sino una masa continental que viaja.

Cuando las aguas caen en los lagos abandonan en ellos los materiales que arrastran consigo, y depositan una capa de limo más ó ménos espeso, y montones de tierra, tendiendo de este modo á disminuir la extension y profundidad del dominio acuático.

Entre los rios en que es más sensible esta acumulacion de limo, se pueden citar en primer término el Nilo, el Po, el Ganges y el Ródano.

Ahora bien, nuestros lagos y corrientes están poblados de pescados sedentarios y pescados viajeros ó emigrantes.

Bajo el punto de vista de la industria de la pesca, las aguas dulces no dan sino productos muy limitados; apenas si contrabalancea el consumo general de un modo sensible sino por las bandadas de pescados viajeros, como el salmon, la lamprea, el sábalo y el esturion.

Las circunstancias que pudieran favorecer la presencia y la abundancia de estas especies en las corrientes de agua, serían muy ventajosas para la industria de las pescas.

En la primavera el sábalo, el esturion y la lamprea

abandonan el mar y suben á los rios, penetrando con frecuencia hasta en los confluente, para encontrar en ellos condiciones más favorables á su reproduccion.

Más tarde, en el otoño, el salmon, ese gran emigrante por excelencia, abandona tambien el mar para dirigirse á los rios, llegando muchas veces hasta su mismo origen.

Al subir las corrientes de agua, los emigrantes encuentran con frecuencia obstáculos naturales ó artificiales, que no pueden generalmente traspasarse hasta la época de las aguas abundantes ó crecidas.

Estos obstáculos, pues, no permiten á los pescados viajeros repartirse y diseminarse en toda la extension de una corriente de agua y alimentar la industria de los pescadores, causando en el consumo público una perturbacion considerable y limitando la reproduccion.

Así vemos, por ejemplo, á los salmones en su viaje periódico escoger las aguas que les convienen más; pero si en el trayecto de un rio encuentran un obstáculo, no retroceden para penetrar en otra corriente; se estacionan ante el obstáculo, permaneciendo en el sitio en que el agua está más agitada y más profunda, en que combaten con mayor furia las olas, ó se precipitan las corrientes. Su instinto parece advertirles que es allí donde podrá presentarse un paso libre, que allí sobrevendrá una crecida, que encontrarán por fin agua suficiente para que pueda elevarlos, y esperan.

Para obviar los inconvenientes y obstáculos naturales ó artificiales que detienen la emigracion de los pescados, se ha establecido, en algunas corrientes de agua, planos inclinados ó escaleras llamadas de salmon; pero el establecimiento de estos aparatos es, por regla general, muy costoso; muchas veces no llenan de un modo satisfactorio su objeto, y su uso no es provechoso sino en épocas de grandes avenidas.

Las crecidas no favorecen únicamente á los salmones adultos, sino que ayudan la bajada al mar de los jóvenes. Hacia el mes de Abril, éstos se reunen en tropas, y se aprovechan de las crecidas para descender por los rios y otras corrientes de agua y encaminarse al mar, pues es en las aguas salobres de las embocaduras en las que los salmones crecen rápidamente.

Otro pescado emigrante, la anguila, es muy abundante en las aguas salobres del litoral del mar, y en las corrientes de agua, lagos y estanques del interior. Jamás se reproduce en las aguas dulces, sino bajo la influencia del agua de mar. Todos los años, por primavera, miriadas de anguilas abandonan la embocadura de los rios, y suben por las corrientes de agua en columnas ó cordones, en número incalculable. La columna tiende siempre á subir.

Las crecidas ó la abundancia de agua le suministran los medios de diseminarse y repartirse más fácilmente por los riachuelos, lagos, estanques, canales y pantanos, en todas partes, en una palabra, en que los obstáculos no sean insuperables. En el otoño, en la época de la caída de las hojas, las anguilas se dejan arrastrar al mar por las aguas de las crecidas. Entonces se cogen en cantidades considerables en los arcos de los puentes, en que se colocan grandes redes al efecto.

Por otra parte, las inundaciones permiten á las anguilas viajar cómodamente en tierra y penetrar en ciertos sitios que de otro modo serian para ellas inaccesibles. Por esta circunstancia se comprende cómo las anguilas pueden de repente aparecer ó desaparecer, en aguas que no tienen habitualmente ninguna comunicacion con los rios.

III.

Ahora examinemos la accion que las crecidas y las inundaciones ejercen en el desove de los pescados.

En la época de la freza, la trucha, como el salmon, buscan siempre el agua clara y viva, corriendo sobre un lecho de piedrecitas, y que no esté muy fría. Entonces escogen un sitio conveniente, remueven y limpian las piedras para quitarles todas las materias extrañas depositadas por el agua, y, por último, abren unos surcos ó agujeros, en los que depositan sus huevos. A medida que se sucede la emision de éstos, el macho, que acompaña siempre á la hembra, los fecunda. Estos pescados recubren en seguida el nido con los materiales que han sacado de él, y forman de este modo montecitos ó pilas.

Las crías nacen en las cavidades ó intersticios de estos montecitos que cubren los huevos, y no salen de ellos sino cuando su vejiga umbilical queda reabsorbida en todo ó en su mayor parte.

Bajo estas condiciones, los huevos y los pescadillos recién nacidos están al abrigo del movimiento de las aguas, no pudiéndolos destruir ó deshacer sino las aguas torrenciales ó las crecidas excepcionales. Las materias terrosas que las aguas turbias pudieran depositar en los desovaderos no penetran al traves de la arena y de las piedrecitas, que hacen el oficio de un filtro. A mayor abundamiento desaparecen gradualmente arrebatadas por la corriente, cuando el agua ha recobrado su limpidez.

En resumen, las crecidas son favorables, más bien que perjudiciales, para la propagacion de las más preciosas especies de agua dulce.

Entre estos pescados hay uno cuya freza parece que debería ser más particularmente castigada por las crecidas. El desove de la perca se efectúa en la primavera, desde el mes de Marzo hasta fin de Mayo, segun la temperatura de las aguas.

En esta época la perca abandona las corrientes, se acerca á las orillas guarnecidas de plantas acuáticas, en los sitios más tranquilos. Los huevos están provistos de una materia mucilaginosa, y forman un rosario ó una cinta semejante á un precioso encaje de un blanco verdoso. La perca la deposita en los cuerpos sólidos ó fijos, por lo general á poca profundidad y junto á las orillas, ó al rededor de las plantas acuáticas y ramas que están sumergidas en el agua. Bajo estas condiciones, las crecidas ó las turbonadas no tienen ninguno accion sobre los rosarios. Así es que los pescados que colocan sus huevos sólidamente en las hierbas ó cuerpos duros, no tienen nada que temer de las avenidas, pues éstas la mayor parte de las veces hasta las preservan de los ataques de sus enemigos; además de que muchos de estos pescados, como la carpa y la tenca, desovan en una época en que las inundaciones son excepcionales.

Si se mira la cuestion bajo el punto de vista de la industria de la pesca, se reconocerá que en la época de las crecidas, los pescados grandes abandonan los agujeros, las cavernas, los abrigos y las profundidades en que se mantienen habitualmente, y pueden entonces ser más fácilmente capturados. En esta época, estando las aguas turbias el pescado no puede evitar las redes ni los demas armadijos de los pescadores. Pero en muchas circunstancias el volumen y rapidez de las aguas hacen con frecuencia la pesca si no imposible, á lo ménos muy difícil.

Las aguas, al extenderse en los fosos y pantanos, arrastran consigo los pescados, que en estos momentos se pueden coger con facilidad, y sobre todo, á la retirada de las aguas. Otras muchas veces sucede que los pescados no consiguen volver á entrar en el lecho principal; esto sin contar que las aguas repartidas por las tierras y plantíos sacan á la superficie una cantidad considerable de insectos, moluscos y otros diversos animales que sirven de abundante pasto á los pescados.

Arrastradas por las crecidas ó incitadas por las corrientes, ciertas especies se introducen ó pueden penetrar en aguas extrañas; de modo que las crecidas y las inundaciones son poderosos agentes de distribucion é introduccion de especies nuevas.

De todo lo que precede resulta, pues, que en lo que concierne á los pescados y á la pesca, la suma de ventajas es mayor que la de los perjuicios, y que por este motivo se pueden considerar las inundaciones mucho más favorables que dañosas á la propagacion y acrecentamiento de los pescados, así como á la industria de la pesca.

Esta opinion quizás tenga muchos contradictores; pero si se examina la cuestion bajo su verdadero punto de vista, se reconocerá á poco, que estos grandes fenómenos que aparecen algunas veces como perturbaciones calamitosas, tienen, sin embargo, un objeto determinado y concreto, porque todo es armonía en la obra de Dios.

V. C.

EL LOBO.

El lobo ha sido considerado por los cazadores como pieza perteneciente á la caza mayor unas veces, y otras á

la caza menor. En España se le ha concedido la primera categoría.

El lobo pertenece á la familia canina y al orden de los carnívoros. Se encuentra tanto en el antiguo como en el nuevo continente, y soporta así los frios rigurosos de Laponia y Siberia como los sofocantes ardores de África. Refractario á la civilizacion, se puede decir de él que se desarrolla en razon inversa al grado de cultura de cada país.

En Inglaterra y Alemania no se conocian más lobos que los ejemplares existentes en los jardines zoológicos. Sin embargo, hoy este último país posee la Lorena, que no escasea de esas alimañas.

En cambio en Austria, Francia, Suiza é Italia, donde el grado de civilizacion es menor, existen muchos lobos. Pero allí donde la cultura es inferior á la que tienen en estos últimos estados, el lobo llega á ser un azote para los pueblos. Rusia, Transilvania, Polonia, Galitzia, Hungría, Kurlandia, Livadia, España y Turquía son los países de Europa en que más abundan.

El lobo es del tamaño del mastín y se parece bastante á éste por el color de su pelo. El hocico es negro ó castaño oscuro en el lobo, la nariz negra, la frente gris oscura, la cabeza y cuello pardos. El lomo, paletillas y caderas son de diversos matices de pardo amarillento. Los flancos, blanquecinos. El hopo, color negruzco con la punta blanca. El pecho y garganta, gris claros. En general, el color del pelo varía, segun la edad de cada individuo.

El hocico del lobo es bastante prolongado; los ojos, brillantes, y las orejas, cortas y derechas.

La boca del lobo está muy bien armada; sobre todo, los dientes caninos son fortísimos.

Más alto del tercio anterior que del posterior, su configuracion le impide hacer *carrera larga*; su paso favorito es el trote, y á este *aire* puede recorrer grandes distancias, con una nunca vista velocidad. La mayor fuerza del lobo está en los músculos del cuello.

La hembra es algo menor que el macho.

Los caracteres distintivos del lobo son: astucia, maldad y tenacidad. Está dotado de una vista y un oído excelentes, y con vientos inmejorables.

Caza generalmente de noche. Cuando sale produce un sonido, que no se puede llamar ladrido; es más bien un aullido entrecortado en tono alto, muy desagradable.

El lobo vive hasta veinte y veinticinco años; está expuesto á pocas enfermedades, pero fácilmente á la hidrofobia.

El celo, que empieza en los países del Norte hacia fines de Enero y primeros de Febrero, y en el Mediodía á fines de Diciembre, es de corta duracion (doce á quince días).

A las doce semanas la loba pare de cuatro á nueve lobeznos, que, como los perros, permanecen ciegos por espacio de quince días, y amamantados por su madre durante seis semanas, despues de cuyo tiempo salen á cazar con ella, quedando bajo su vigilancia hasta el próximo celo.

El lobo ataca á todos los seres, ménos al hombre, á no ser en casos extremos.

Al oscurecer sale de su cama; y si cerca de su jurisdiccion no tiene ganados ó caza, recorre al trote muchas leguas en busca de alimento, y no pára hasta hallarlo; pero antes de amanecer está ya de vuelta en sus lares. Si la caza es fácil, sale solo y pronto satisface sus necesidades. Pero si el país es de poca caza, y en cambio abunda en ganados, el lobo no se atreve á cazar solo, y se pone á aullar en la raya del monte á llamar á otros lobos, con el fin de que le ayuden en su empresa. Reunidos, y acordado el paraje donde se debe llevar á efecto la matanza, el más corredor sale á campo raso á llamar la atencion de los perros del ganado, para lo cual se coloca en sitio en que el viento le favorezca y los perros le sientan. Si esto no surte el efecto apetecido, aulla; entonces es seguro que tanto los mastines como los pastores le sienten, y salen en su persecucion. Mientras ésta se verifica, los demas lobos se arrojan sobre los reñiles, y producen tal confusion, que las ovejas se esparcen por el campo, y este momento es el más favorable para que los lobos consigan su objeto.

Si en vez de ser ovejas ó carneros su objeto, es una piara de yeguas ó de vacas, entónces se entabla una lucha tenaz, en la que no siempre los lobos llevan la mejor parte. Pero ¡desgraciada la res que fia su salvacion en sus piés!

Los lobos, sin embargo de su osadía, tienen muchas veces que padecer hambres crueles y contentarse con la langosta, de la cual se dan buenas panzadas, como he tenido ocasion de observar en el Valle de Alcudia.

Los daños que el lobo ocasiona y el valor de su piel

hace que el hombre se dedique á su caza con empeño, empleando unas veces la fuerza y otras la astucia. Como se tiene que combatir á un animal muy desconfiado y de sentidos muy finos, toda prudencia es poca, y muchas veces no se obtiene el resultado apetecido.



MONTERÍAS EN SUIZA.

El lobo se caza á tiro, en ojeo, recechando, á la espera, en cebaderos, por medio de cepos, trampas y otros artificios, y, por último, con bolas de sebo rellenas de estrignina.

Para cazar el lobo en ojeo es necesario llevar perros mastines ó buenos alanos, porque los pachones, sabuesos y podencos, tan pronto como *barruntan* la pista del lobo,

se *resienten* y *escupen* de ella y cesan de *latir*. Sólo al empuje de los alanos y mastines entran por la línea de fuegos; de lo contrario, si sienten ruido de ojeadores, rompen por la línea de estos últimos, y es muy difícil hacer tiro sobre el lobo.

Recechando, es más difícil aún, ó bien más eventual, llegar á tiro. En cambio es muy fácil á la caída de la

tarde matar un lobo ocupando un buen puesto próximo á los pasos forzados ó veredas de reses y ganados. Várias veces me ha sucedido, estando á espera de liebres ó de corzas, tener la suerte de tirar á los lobos, que se anticipaban á los animales que yo acechaba.

En la tarde del 8 de Setiembre de 1865, estando puesto en una cañada de Puerto-Pulido, en Alcudia, para

tirar al primer conejo en mi carrera venatoria, y teniendo dos á la vista, aunque fuera de tiro, se presentaron cinco lobos á la distancia de 50 ó 60 pasos. No vacilé en trocar unas piezas por otras; así que tiré á los dos lobos que tenía más cerca é iban *emparejados*. Á la salida del tiro noté que no había sido eficaz, pero que el tamaño de los plomos no era el suficiente para producir la muerte en el acto. Al siguiente día los cabreros encontraron un lobo muerto á unos 400 pasos del sitio donde fué herido.

El modo más cómodo, fácil y divertido de cazar lobos es en los cebaderos preparados de antemano. Al efecto, se construye en un sitio donde haya bastantes una choza de ladrillos, adobes ó tablonés, de modo que los tiradores estén con la mayor parte del cuerpo debajo de la superficie de la tierra. En las paredes de la choza se abren algunas aspilleras para poder ver y tirar.

Después de construida se hacen arrastraderos con los vientres de carneros ú otros animales, teniendo el cuidado de que afluyan al sitio donde está la choza y el sitio destinado al cebo. Esta operación se repite varios días, á fin de que las alimañas acudan con confianza hasta el día destinado á cazarlas, en que se pondrá en el cebadero una caballería muerta. El hedor que produce atrae á toda clase de alimañas; pero acudiendo el lobo por la noche, no se acercará al cebo ningún otro animal hasta que aquél haya satisfecho su apetito: durante el día los buitres no dejarán de acudir al festín.

Excusado es advertir que para cazar al lobo de noche se necesita buena luna.

La caza del lobo por medio de cepos es bastante segura, pero requiere cierta práctica. En primer lugar, es de mucha importancia la elección del cebo destinado al objeto; entre el cebo de platillo, el de cuello de cisne y el anzuelo ruso, siempre he dado la preferencia al último, y en su defecto al segundo. El anzuelo ruso tiene la ventaja de estar suspendido, por cuya causa las pieles se estropean ménos ó nada. Suspendido de la rama de un árbol á un pié de distancia del tronco, ó en el tronco mismo (según la forma del anzuelo), distante cuatro y medio ó cinco piés del suelo, se coloca en su punta un trozo de carne de cualquiera res muerta, y desde el pié del tronco se arrastra un vientre de carnero ú otro animal en dirección arbitraria, pero que comprenda mucho terreno y tratando de regresar al punto de partida.

Tan pronto como el lobo siente el cebo, acude por la pista hasta llegar al pié del árbol. Allí ve la carne á una altura que no alcanza, y trata de apoderarse de ella por medio del salto. Al apoderarse de la presa se dispara el muelle que sujeta el anzuelo, y el lobo queda suspendido de él por la boca.

El cebo de cuello de cisne tiene un muelle sujeto por un disparador, del que pende un trozo de carne ó una pequeña ave; al apoderarse de ellos el lobo se dispara el muelle, y el lobo queda cogido por el cuello.

El cebo de platillo exige mucha práctica para su buena colocación y no es tan seguro.

En las comarcas de muchos lobos los mejores cepos son los llamados *cepos rusos* ó cepos continuos, y consisten en dos círculos concéntricos formados por estacas fuertes y lisas, separadas por una distancia de seis centímetros, y la que ha de mediar entre los dos círculos, cuarenta y dos centímetros. El radio del círculo externo será de tres metros; este círculo estará provisto de una puerta móvil de cuarenta y cinco centímetros de anchura, y se abrirá por dentro. Las estacas tendrán 1,75 metros sobre la tierra.

Por la tarde, á la puesta del sol, se atará á una estaca colocada en el centro del círculo interno una cabra á quien se le haya quitado la cría, con el objeto de que esté llamando.

Los lobos acuden al momento, y al ver á la cabra, intentan franquear la distancia que los separa de ella, y van dando vueltas al círculo exterior hasta que encuentran la puerta, que cede á la menor presión, y se introducen en el paso comprendido entre los círculos.

La puerta cede á la presión de un nuevo huésped, que sigue el rumbo de sus compañeros en el interminable paseo por el callejón, que es bastante estrecho para no permitir que los prisioneros cambien de dirección, pues no pueden volverse.

A la mañana siguiente se recorren los cepos y se ve

que no se ha perdido el tiempo; pero falta acabar con la vida de todos los prisioneros, lo que produce una algazara indescriptible.

La piel de invierno del lobo es bastante apreciada, y sobre todo la del lobo blanco ó del plateado. El pellejo crudo da buenos parches de tambor.

Los pastores destruyen los lobos por medio de bolas de sebo rellenas de estrignina. Para colocarlas se valen de un vientre de oveja, cabra ó carnero, y recorren el monte arrastrando dicho despojo, y de trecho en trecho colocan una bola. Los lobos recorren la pista trazada y se van comiendo las bolas; al poco rato sienten una sed devoradora, y van en busca de agua, pero mueren á los pocos pasos. Esta operación se hace de noche.

A la mañana siguiente se recogen las bolas que no hayan sido utilizadas por las alimañas para evitar que los perros se envenenen con ellas.

TORRE AYLLON.

EPÍSTOLA VENATORIA.

AL EXCELENTÍSIMO SEÑOR DON JOSÉ GUTIERREZ DE LA VEGA.

¡Un mes!..... ¿será verdad?..... ¡un mes entero!.....
 ¡Oh dioses inmortales!.....
 ¡Treinta días cabales
 Mi escopeta colgada en el armero!.....
 Mil novecientas veinte horas..... ¡cielos!.....
 ¡Sin cortar ni una pluma ni dos pelos!
 ¡Un mes sin ver del monte
 El terreno quebrado!.....
 ¡Un mes sin admirar el horizonte
 Del cielo dilatado!.....
 ¡Un mes sin contemplar las alboradas,
 Ni aspirar de las brisas perfumadas
 El saludable ambiente!.....
 ¡Un mes sin ver el campo hermoso y puro,
 Ni escuchar el murmurio de una fuente!.....
 Francamente, señores, de seguro
 Para mí no hay remedio
 Si ese mes se prolonga á mes y medio.

¡Á cazar!..... ¡á cazar!..... Corta es la vida,
 Y además de ser corta, vale poco;
 La muerte, entre los hombres escondida,
 Espera la ocasión, siempre traidora,
 Y sale á lo mejor, nos hace el *coco*,
 Y nos viene á decir: «¡Llegó tu hora!»
 En verdad, caballeros, no me explico
 Por qué trabaja el hombre siendo rico.
 Aunque sea inmortal, os aconsejo
 Que no seáis esclavos del trabajo.
 Yo he trabajado mucho..... ya soy viejo;
 Harto estoy de seguir por el atajo;
 Y hablando con franqueza,
 Os lo voy á decir..... pero muy bajo:
 Yo rindo adoración á la pereza.

El aire de Madrid envenenado,
 Al aspirarle mata;
 El aire de los montes perfumado,
 Salud nos presta y el pulmón dilata.
 ¡Adios! villa del oso;
 Tu atmósfera me abruma;
 Voy á buscar la calma y el reposo
 Lejos de mi tintero y de mi pluma.

Ya llego á la estación; tomo un billete,
 Y al instante dos vales de perrera
 Para mi hermosa *Flay* y el noble *Pinto* (1),
 Perros que, siendo dos, valen por siete,
 Por sus vientos, sus cobros y su instinto.
 Me acomodo en un coche de primera.
 —¡Viajeros al tren!.....—grita un camueso
 Á quien la empresa paga para eso;
 Suena la campanilla;
 La máquina formula un resoplido;
 La presión del vapor se escapa y chillá;
 Los topes chocan; el herraje cruje;
 El moderno titón lanza un bramido,
 Muestra potente del gigante empuje
 Que tiene en sus entrañas escondido.

¡Adios! villa del oso y el madroño,
 Sólo habitable cuando reina otoño;
 Á manera que el tren de tí me aleja,
 Me siento remozado.

(1) *Fly*, se escribe en inglés, y suena *Flay* en español. Ambos perros han muerto.

Ni el mal me aflige ni el pesar me aqueja
 En cuanto llego al monte codiciado.
 La hacendosa guardesa que me espera,
 Muy cerca del hogar la mesa pone;
 La modesta vajilla
 Sobre el blanco mantel cual plata brilla;
 La llama del hogar vivificante
 Que en torno reverbera,
 Tintas de robustez presta al semblante.
 Ceno, tomo café, fumo y me acuesto,
 Desnudo, por supuesto,
 Y pensando en el goce, en la delicia,
 Que el cazadero donde estoy me ofrece,
 Morfeo dulcemente me acaricia
 Y en sus brazos me mece.
 Por fin, quedo dormido,
 Los pesares de ayer dando al olvido.

El alba precursora
 Del sol radiante que los campos dora;
 La alondra que del surco se levanta,
 Y al día saludando
 Bate las alas, se remonta y canta;
 Mis perros bostezando,
 El cuerpo y las orejas sacudiendo;
 Hasta el gallo cantando,
 Todo me está anunciando
 Que ha llegado la hora, á lo que entiendo,
 De abandonar el abrigado lecho.
 Me pongo el pantalón, luego la faja,
 Las botas, el chaleco, la chaqueta;
 Coloco en los bolsillos
 El pañuelo, navaja,
 Fósforos de cartón y cigarrillos;
 Silbo á los perros; cojo la escopeta;
 El sombrero me encajo;
 Me ciño la canana,
 Y alegre y satisfecho
 Tomo ladera abajo
 Al despuntar la luz de la mañana.

Antes, lector, que digas
 Que en ayunas cazar es desatino,
 Debo advertirte que comí unas migas,
 Con jamón adornadas,
 Y un buen vaso de vino
 De varias convidadas.
 Pues nunca olvida el cazador prudente,
 Que antes de dar principio á la batida
 Es preciso tomar algo caliente.

¡Oh, qué hermoso está el día!.....
 ¡Salud, gratos perfumes que del monte
 El tomillo me envía
 En los pliegues del céfiro escondidos!.....
 ¡Salud, limpio horizonte!
 ¡Salud, gratos sonidos
 Que la perdiz guerrera,
 Que canta en la ladera,
 Le dedica al amor de sus amores
 Cuando nacen del sol los resplandores!

Sobre alfombra mullida
 De verde hierba, que el rocío esmalta,
 Comienzo con mis perros la partida.
 De gozo el corazón alegre salta.
 Á mis espaldas, por la altiva loma,
 Su corona de luz y resplandores
 El sol naciente sonriendo asoma.
 Y esto de dar la espalda al sol que nace,
 Y darsela también al sol que muere,
 Es costumbre de doctos cazadores;
 Pues con chispas de fuego
 Su oblicuo rayo las pupilas hiere,
 Y de poco sirviera la destreza,
 Si al querer apuntar te deja ciego
 Y no derribas la anhelada pieza.
 Vamos, hermosa *Flay*, llegó el momento
 De comenzar la mano codiciada;
 Basta ya de carreras y locuras;
 Cacemos cara al viento,
 La nariz levantada,
 Dando al cuerpo graciosas curvaturas.
 No te adelantes mucho; imita á *Pinto*,
 Que vuelve con frecuencia la cabeza
 Á ver si estoy yo lejos;
 Pues le indica su instinto
 Que no es posible derribar la pieza,
 Aún siendo el cazador hombre de suerte,
 Si no arranca en el radio de la muerte.

Al fin de una cañada,
 Do vegetaban unos pobres cardos
 En medio de unos calvos espatales,
 Hizo *Pinto* de pronto una parada,
 Y con ella de alerta las señales;

Que al darle al rabo movimientos tardos,
Me indicó que allí había
Algo donde probar la puntería.
Yo no hice caso. De repente arranca
Una liebre más grande que una zorra:
Veloz cual la centella
Emprende en dirección á una barranca,
Las orejas tendidas sobre el cuello.
Flay y Pinto se lanzan en pos de ella;
Le envío el primer tiro, y hago porra,
Me aturdo, me atropello,
Y le envío el segundo,
Y en vez de dar los plomos en la carne,
¡Oh vergüenza! ¡oh baldón! dan en el mundo.
Me dí un cachete, me mordí una mano,
Y con voz por la rabia conmovida,
Formulé una palabra en castellano,
Que está por la decencia prohibida.

Mis perfos regresaron
Cansados, jadeantes;
Y con la lengua fuera de la boca,
Parados ante mí los dos quedaron.
En sus pupilas tristes, chispeantes,
Leí un poema de elocuencia muda,
Que me llenaba de vergüenza y luto;
Pues no me cabe duda
Que querían decirme: «Usted es muy bruto.»
¡Ay! si los perros, por desgracia, hablarán,
Cuántas cosas dirían,
Que el rubor al semblante nos sacarán;
Pues siempre con razones probarían
Que al castigarles sin fundado agravio,
El hombre es animal y el perro sabio!

—Vamos, mi viejo amigo,
Le dije al noble Pinto que tenía,
Con pertinaz empeño,
Fija su vista en la mirada mía;
Alegra el rostro, desarruga el ceño.
Era una buena pieza,
Y espero me dispenses la torpeza;
Siento haberte enfadado,
Y te ofrezco, si saltas otra rabona,
Apuntar con más calma y más cuidado.
No me guardes rencor; caza y perdona.—
Y dándole en el lomo unas palmadas
Y un suevo tirón de las orejas,
Quedaron en un punto terminadas
Todas mis rabias y sus justas quejas.

Llegamos á un taller, ¡paisaje hermoso!
Fresca vegetación lo tapizaba,
Y aquí y allí de la copada encina
El penacho frondoso
Con pausado vaiven se cimbreaba
Al beso de la brisa cariñoso.
Sobre una alta colina,
Paloma blanca cual la nieve pura,
Veíase una casa
De modesta y sencilla arquitectura.
Aquel es el hogar do el hombre vive,
Donde el trabajo y el amor concilia,
Cuando de Dios la bendición recibe,
Al calor sin igual de la familia.
Mas veo que me olvido,
Entregado á mis sueños de poeta,
Que á cazar he venido,
Que llevo sobre el hombro la escopeta.
Hola, ¡hay novedad! mucho me agrada
El ver que Pinto y Flay se han alegrado:
Ella el hocico estira,
Le tiembla el labio, brilla su mirada;
Pinto, que está á su lado,
A un espeso chaparro atento mira;
Yo voy á prepararme por si acaso,
Pues adivino en su intención siniestra
Y receloso paso,
Que ambos muy pronto quedarán de muestra.
El rastro es muy caliente;
Pinto no fué jamás perro embustero;
Flay es algo impaciente,
Es hembra, es joven, sabe que la quiero,
Y algunas veces, por capricho, miente.

De muestra se han quedado.
¡Vengan aquí pintores!
Colóquense á mi lado
A copiar de mis perros los primores:
Inmóviles cuál rocas,
Hacia el suelo los pechos encorvados,
Sin respirar las entreabiertas bocas,
Los rabos en alambres transformados,
La mano levantada,
Y la mirada chispeante y fija,
Donde magnetizada

La codiciada pieza se cobija.
«¡Entra!» les grito yo, y cual torrente
De la cumbre del monte desprendido,
Penetran en la mata de repente.
Yo me hallo prevenido.
Pechou... pechou... ¡son dos perdices!
Lanzo un grito de gozo y hago fuego.
¡Oh momentos felices!...
Derribo la primera,
Un placer sin igual mi pecho inunda,
Y me revuelvo con presteza luego
Y cae como un trapo la segunda.
Mis perros se abalanzan en pos de ellas,
Y alegres, arrogantes,
Las traen á mis manos palpitantes,
Y por las rojas puertas de la herida
En doliente estertor pierden la vida.

Fumemos un cigarro
Y aspiremos la brisa embalsamada
A la sombra que presta este chaparro;
La vida sin cazar no vale nada,
Que en los montes el alma se refresca:
Al que no es cazador le compadezco,
Ni sabe, vive Dios, lo que se pesca.
¡Ay, Sr. D. José, mi buen amigo!...
¡Usted que tantas veces fué testigo
Del placer inefable que bosqueja...
Usted que, como yo, tanto ha cazado,
Usted que es, como yo, cazador viejo
Y ha visto, como yo, tanto conejo
En varias actitudes encamado!...
¿No me podrá decir qué hace esa gente
Que sin coger jamás una escopeta,
Ni gozar de la caza los encantos,
Pasa entre afanes su existencia inquieta,
Aspirando un ambiente
De farsa y corrupción, de angustia y llantos?
¿Qué es vivir sin cazar? ¡terrible pena!...
La existencia del hombre se desgasta
Atada del afán á la cadena,
Y poco á poco nuestra pobre casta,
Desmedrada y raquítica,
En los crisoles se consume y gasta
Del interés, el vicio y la política.

¡Oh tiempos venturosos,
En que en España había
Menos gas y más osos,
Y era cazar la ocupación del día;
En que cualquier ibero
Con el empuje del potente brazo
Derribaba un ternero
De un solo puñetazo,
Y al despuntar del sol la luz primera
Se almorzaba tres libras de ternera!

¡A cazar! ¡A cazar! Corta es la vida...
Y el hombre, pobre loco,
Por su desgracia con frecuencia olvida
Que ante sí tiene de la muerte el faro,
Que este pícaro mundo vale poco,
Y aunque vale tan poco, cuesta caro.

ENRIQUE PEREZ ESCRICH.

TIRO DE PICHON DE MADRID.

TIRADA ORDINARIA DEL DIA 23 DE MAYO.

La primera piña, cada uno á su distancia, de tres pichones y dos tiradores, la ganó, matando uno de tres tiros, el Sr. Okolicsanyi, contra el Duque de Tamames.
La segunda piña, cada tirador á su distancia, de cinco pichones y cuatro tiradores, la ganó, matando cinco de ocho tiros, el Vizconde de la Torre de Luzon, contra los Sres. Okolicsanyi, Duque de Huéscar y Duque de Tamames.
La tercera piña, igual á la anterior, la ganó, matando siete de ocho tiros, el Sr. Okolicsanyi, contra los Sres. Vizconde de la Torre de Luzon, Duque de Huéscar y D. Santiago Udaeta.
La cuarta piña, igual á las anteriores, la ganó, matando cuatro de seis tiros, el Sr. Vizconde de la Torre de Luzon, contra los Sres. Okolicsanyi, D. Santiago Udaeta y Duque de Huéscar.
La quinta piña, igual á las anteriores, la ganó, matando seis de seis tiros, el Duque de Huéscar, contra los Sres. Okolicsanyi, Vizconde de la Torre de Luzon y D. Santiago Udaeta.
La sexta piña, cada uno á su distancia, de cinco pichones y seis tiradores, la ganó, matando cuatro de seis tiros, S. M. el Rey, contra los señores Okolicsanyi, Vizconde de la Torre de Luzon, Duque de Tamames, D. Santiago Udaeta y Duque de Huéscar.
La séptima piña, igual á la anterior, de siete tiradores, la ganó, matando ocho de diez tiros, el Sr. Okolicsanyi, contra S. M. el Rey y los señores Vizconde de la Torre de Luzon, Duque de Tamames, Don Santiago Udaeta, Duque de Huéscar y Marqués de Bogaraya.
La octava piña, á 22 metros, carambolas, y siete tiradores, la ganó, matando tres de cuatro tiros, S. M. el Rey, contra los Sres. Okolicsanyi, Duque de Huéscar, Vizconde de la Torre de Luzon, Duque de Tamames, Marqués de Bogaraya y D. Santiago Udaeta.
La novena piña, igual á la anterior, la ganó, matando tres de cuatro tiros, el Duque de Huéscar, contra S. M. el Rey y los Sres. Okolicsanyi,

Vizconde de la Torre de Luzon, Duque de Tamames y Marqués de Bogaraya.

Presenciaron la tirada, entre otras personas, S.S. AA. RR. las Serenísimas Señoras Princesa de Asturias é Infantas D.^a María del Pilar D.^a María de la Paz y D.^a María Eulalia.

TIRADA ORDINARIA DEL DIA 30 DE MAYO.

La primera piña, cada tirador á su distancia, de tres pichones y tres tiradores, la ganó, matando cuatro de seis tiros, el Sr. Okolicsanyi, contra los Sres. Duque de Tamames y Marqués de Bendaña.

La segunda piña, cada uno á su distancia, de cinco pichones y ocho tiradores, la ganó, matando cuatro de seis tiros, S. A. el Príncipe de Mónaco, contra S. M. el Rey y los Sres. Duque de Tamames, Marqués de Bendaña, Okolicsanyi, Duque de Huéscar, Vizconde de la Torre de Luzon, Dubosc, Udaeta (D. Santiago), Conde de Gomar y Beltran de Lis.

La tercera piña, igual á la anterior, de once tiradores, la ganó, matando cinco de cinco tiros, el Duque de Tamames, contra S. M. el Rey, S. A. el Príncipe de Mónaco y los Sres. Marqués de Bendaña, Okolicsanyi, Duque de Huéscar, Vizconde de la Torre de Luzon, Dubosc, Udaeta (D. Santiago), Conde de Gomar y Beltran de Lis.

La cuarta piña, lo mismo que la anterior, de diez tiradores, la ganó, matando cinco de cinco tiros, S. A. el Príncipe de Mónaco, contra S. M. el Rey y los Sres. Duque de Tamames, Marqués de Bendaña, Okolicsanyi, Vizconde de la Torre de Luzon, Conde de Gomar, Duque de Huéscar, Dubosc y Udaeta.

La quinta piña, cada tirador á su distancia, de tres pichones y nueve tiradores, la ganó, matando ocho de ocho tiros, el Sr. Conde de Gomar, contra S. M. el Rey, S. A. el Príncipe de Mónaco y los Sres. Duque de Tamames, Okolicsanyi, Dubosc, Duque de Huéscar, Vizconde de la Torre de Luzon y Udaeta.

La sexta piña, á 22 metros, de una carambola y siete tiradores, la ganó, matando dos de dos tiros, el Sr. Duque de Huéscar, contra S. M. el Rey, S. A. el Príncipe de Mónaco, y los Sres. Duque de Tamames, Okolicsanyi, Dubosc y Vizconde de la Torre de Luzon.

Presenciaron la tirada SS. AA. RR. las Sras. Sras. Princesa de Asturias é Infantas D.^a María del Pilar, D.^a María de la Paz y doña María Eulalia, Mme. Okolicsanyi, Duquesa de Huéscar y Marquesa de Santurce.

GACETILLA.

PREMIO Á LOS CONTRA-DAÑADORES.—El Sindicato de la Asociación de aficionados á la caza, de Barcelona, ha abierto una suscripción, desde uno hasta cuarenta reales, para con sus productos poder premiar á los agentes subalternos de la autoridad, y á cuantas más personas se distinguen persiguiendo á los infractores de la ley de Caza, especialmente en tiempo de Veda.

Reciba nuestro pláceme el Sindicato catalán y su digno presidente el distinguido jurisconsulto y escritor cinegético Sr. D. Joaquin Badía y Andreu.

INFRACCION DE LA LEY.—Es seguro que apenas hay provincia de que no recibamos quejas de las infracciones de la ley de Caza, y de la abundancia de ésta en los mercados en el presente período de Veda; pero es indudable que hemos dado ya un gran paso en el camino del bien, y las pruebas nos las dan esas mismas quejas, que ántes no se formulaban siquiera, porque á nadie ocurría ni aun la enmienda del mal. Hoy esas quejas aspiran á la completa extinción de ese mal. A ésta llegaremos con la cooperación de todos y con la ayuda del Reglamento que perfeccionará y completará la ley.

Entre tanto, los cazadores en especial, observando cada uno la ley por su parte, y asociados para perseguir unidos á los que la infrinjan, pueden hacer mucho, mucho, muchísimo: ¿dónde hay Sociedad tan numerosa, como la de los cazadores en España, que pueda, si se lo propone, con su ejemplo y con su persecución personal y su iniciativa cerca de las autoridades, hacer que se respeten sus leyes?

REVISTA VENATORIA.—Con este título hemos recibido un nuevo periódico publicado en Huesca, y que continuará saliendo una vez al mes, como órgano oficial de la Sociedad de cazadores y pescadores que allí se ha constituido.

Vemos con grandísima satisfacción el movimiento progresivo que se va obrando en varias provincias entre nuestros queridos camaradas, movimiento que celebraremos mucho se propague á las demás provincias, pues lleva por principal objeto la organización y la ilustración de los aficionados, y la estricta observancia de la ley, especialmente en lo relativo á la Veda, que ha sido y será siempre nuestro primer pensamiento. Y nuestra satisfacción es tanto mayor, cuanto que creemos haber contribuido á esta obra de restauración con nuestras diarias excitaciones.

Hoy nos toca felicitar á la *Revista Venatoria* por su aparición, y desearle prosperidad y larga vida.

LICENCIA DE PESCA.—Entre el *Boletín* de Barcelona y el *Semanal* de Pamplona, periódicos de caza, se ha suscitado la cuestión de si el mero pescador de caña debe ó no estar obligado á obtener licencia; y nos place que ambos ilustrados colegas hayan convenido, como no po-

dian ménos, en la perfecta legalidad con que esta cuestion se resuelve afirmativamente.

El que pesca un pececito con caña es tan pescador como es cazador el que mata un pajarillo con escopeta; ambos necesitan licencia; aquél, de pesca, y éste, de caza. El segundo, además, por usar de arma prohibida, necesita otra licencia anterior: la de uso de escopeta.

Esta es la cuestion, y ésta la forma y manera de resolverla.

BIBLIOTECA ENCICLOPÉDICA POPULAR ILUSTRADA.—Acaba de publicar el *Manual de Agronomía*, por D. Luis Alvarez Alvistur.

LOS KANGARUS.—Todos conocen á estos animales, por su porte desgraciado, que les hace dar enormes saltos, gracias á sus patas traseras muy desarrolladas. Además de otros muchos defectos, este marsupial, si hemos de dar crédito al periódico *The Colonies and India*, es uno de los peores enemigos de los colonos australianos.

¿Se quiere una prueba de los inmensos perjuicios causados por los kangarus? Una propiedad estimada en un millon acaba de venderse en cincuenta mil francos, sólo por estar saqueada por estos animales.

Añade el diario citado, que no son por cientos ni por miles, sino por millones los que se arrojan sobre un terreno, como si quisieran vengar la extincion de los naturales por la destruccion de los rebaños, á los que no dejan ni un tallo de hierba.

VENGANZA DE UN AVE.—Un mozo de una granja francesa, habiendo visto un nido de buhos en una rama de una encina, lo cogió y lo deshizo en mil pedazos.

Al retirarse del sitio el macho cayó como un rayo sobre él desde lo alto de otro árbol, y á picotazos empezó á desgarrarle el rostro.

A los gritos lanzados por aquel desgraciado corrieron las personas que se encontraban más próximas al suceso. El pico del ave le había deshecho el iris del ojo izquierdo; si el picotazo hubiera sido un poco más alto, el globo entero del ojo se lo hubiera vaciado por completo.

Buen aviso para los aficionados á destruir nidos.

CARRUAJES EN PARÍS.—Segun leemos en la última revista de *Le Sport* de la vecina República, en tiempo de Luis XV apenas se contaban en París cinco á seis mil carruajes. En la actualidad pasan de ochenta mil de todas clases.

Antes de Luis XIII apenas existían: las calles estaban en tan mal estado, que no habrían podido circular ni á principios de su reinado, ni en la época de Enrique IV; en tiempos anteriores las gentes ricas paseaban por las calles de la ciudad montadas en caballos ó mulas. Todos los días se veían llegar á Palacio los más graves magistrados de aquellas épocas montados en estas cabalgaduras; entónces no se atropellaba á nadie.

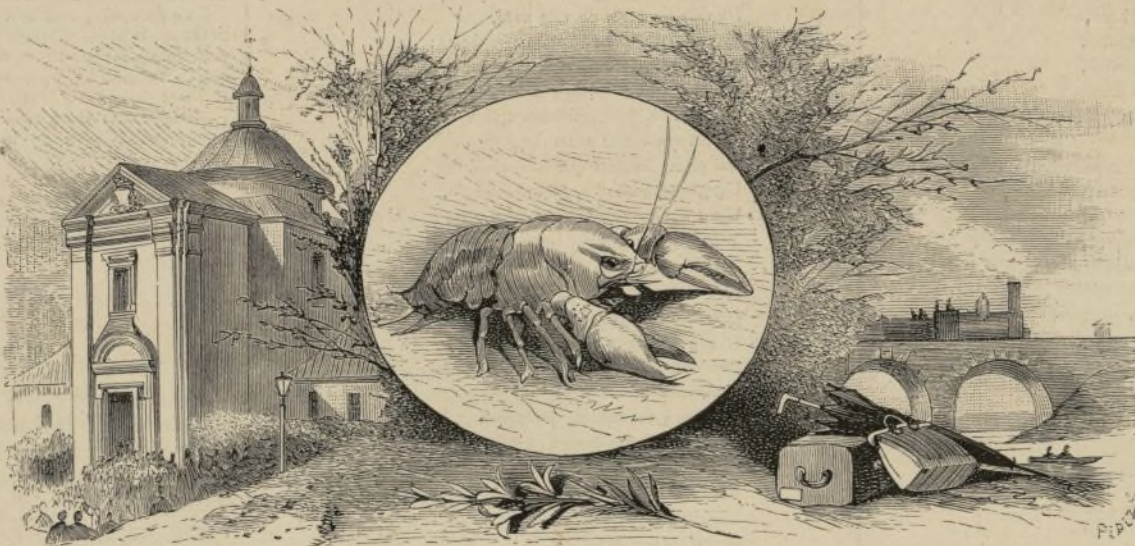
Bajo Luis XVI, la República y el Imperio, el número

de carruajes en París varió de ocho á doce mil. En 1813 había trece mil cuarenta y ocho; en 1818, diez y seis mil novecientos diez, no comprendiendo en este número cuatro mil carros.

El 1.º de Enero de 1819 había próximamente veintidos mil; en 1825 ascendían á veintiseis ó veintisiete mil.

Desde esta época la progresion ha ido siempre en aumento, llegando las cosas hasta el punto, que más de las tres cuartas partes de la vía pública se hallan hoy día invadidas por los carruajes; la cifra de los particulares aumenta cada día más y más; de modo que París cuenta en la actualidad casi tantos coches como Londres.

CAPTURA DE UN LEÓN.—Cuenta el *Avenir du Mans* que un soberbio león de la coleccion de fieras de M. Alberto Halhier, aprovechando un descuido del mozo de guardia, se salió de su jaula y se puso á pasear bajo la tienda que guarece toda la coleccion.



EL MES DE JUNIO.

El dueño de ésta mandó inmediatamente esconder toda la carne que se hallaba para la venta en las carnicerías de la ciudad, cuya medida tuvo un completo éxito, pues la fiera no tardó en volver á tomar posesion de su jaula, con no poca alegría de su amo, que, segun dice el *Avenir*, no había podido disimular su terror.

La Administracion municipal comunicó inmediatamente al Comisario central la orden para que saliera la coleccion lo más pronto posible de la ciudad.

UN FASCINADOR DE SERPIENTES.—Los famosos fascinadores de serpientes de la India han sido sobrepujados, segun *La Chasse Illustrée*, por un sencillo vecino de Lons-le-Saulnier.

Este, llamado Luis Grangerat, se ha hecho fascinador de víboras y serpientes, absolutamente como otros se hacen especieros ó comerciantes de bayetas.

En ménos de cuatro meses ha fascinado, cogido y muerto dos mil quinientas víboras y un número bastante respetable de serpientes.

¿Cuánto apostamos á que ántes de quince días quizás leemos en *El Times* un anuncio concebido en los siguientes términos?:

«Una jóven miss, que tiene no pocos merecimientos físicos y algunas tierras en Irlanda, quisiera entrar en

correspondencia simpática con el fascinador de serpientes de Lons-le-Saulnier.»

De esto á un casamiento excéntrico no hay más distancia que la de una serpiente.

BUENA CAZA.—En el año 1878 se han muerto en el canton de los Grisonés 779 gamuzas, 4 osos, 5 buitres, 4 águilas, 15 buhos, 69 gavilanes, 324 maricas y una nítia.

Un corresponsal de la *Neue Alpenpost*, al comparar la cifra anterior de las gamuzas con las de los años precedentes, saca por conclusion que, muy léjos de disminuir las gamuzas, han aumentado en los distritos abiertos á la caza.

UN LADRON DE NUEVA ESPECIE.—Ha sido preso junto á Criquetot, en Francia, un ladron bien extraño. Este se servía de un lobo para obligar á los que encontraba á su paso á que le dieran una limosna, y merodeaba por los campos con su animal siempre hambriento, aunque con bozal.

En muchas casas de campo había amenazado á sus habitantes de hacerlos comer vivos por el carnicero si no le daban dinero.

Este hombre, llamado Le Faure, tiene treinta años de edad, y está dotado de una fuerza hercúlea.

DRAMA CINEGÉTICO.—Tres indígenas de los alrededores de Bougia, llamados Bel-Kassem-ben-Assous, Admed-ben-Amar y Ali-ben-Abd-el-Kassem, perseguían una pantera adulta, que desde algun tiempo cometía graves perjuicios en el país.

Alí fué el más feliz, pues pudo derribar á la fiera de un tiro. Sus dos compañeros,

creyéndola muerta del todo, tuvieron la imprudencia de aproximarse.

Aunque herida mortalmente, la pantera se precipitó sobre ellos, y en un acceso postrero de furor, los desgarró materialmente, arrancándoles pedazos de carne. Cumplida su venganza suprema, cayó muerta.

El estado de Bel-Kassem y Amed no inspiran ninguna inquietud, pero ambos quedarán desfigurados.

PALOMAS VIAJERAS.—La Sociedad *Libre d'Abéona*, establecida en Brusélas, calle del Oro, 16, se propone celebrar el año próximo de 1880, con motivo del cincuenta aniversario de la Independencia Nacional, un gran concurso internacional de palomas viajeras, cuya suelta se efectuará en Madrid.

UNA ANÉCDOTA DEL REY VÍCTOR MANUEL.—Un día de tempestad se vió obligado Víctor Manuel, estando de caza, á atravesar un torrente; un vigoroso cazador turinés cargó con el Rey, sin conocerlo, sobre sus hombros. Este, en un paso escabroso, hizo un movimiento, que estuvo en poco no comprometiera el equilibrio: «*Tente su, boubich!*» (¡Tente firme, borrico!), le dice enfadado nuestro hombre, á lo que contesta el Rey con la mayor flemma: «*Ma salo nen chieu che l'aso a Pè coul ca porta?*» (¿No sabeis que el asno es el que lleva?)

ANUNCIOS.

ARMAS DE CAZA Y DE TIRO.—Libioulle, Guinard y Compañía.—Avenida de la Opera, número 8, en París.—Únicos agentes de W. W. Greener, de Londres y Birmingham, y de Torchand y Wadsworth de Worcester.



Escopetas chokebore de Greener para caza y tiro de palomas. Francos.

1 Escopeta de triple corredera; calibre, 12, 16 y 20, sistema chokebore, 1.ª clase, adamascado muy fino.	1.100
2 La misma escopeta, 1.ª clase, adamascado fino.	1.000
3 Id. id., sin adamascado.	920
4 Id., 2.ª clase, adornos finos.	840
5 Id., 2.ª clase, sin ningún adorno.	820

	Francos.
6 Id., sin adorno, pero el mejor montado de este sistema.	740
7 Escopeta de doble corredera; calibre, 12, 16 y 20, sistema chokebore modificado.	680
8 Id., id., id.	550
9 Escopeta chokebore, modificada, llave inglesa y calibre 12, 16 y 20.	420
10 Id., id., id.	340
11 Id., id., id.	300

Las escopetas marcadas con los números 1, 2, 3, 4, 5 y 6 están arregladas para tirar de 200 á 230 perdigones ingleses, del número 6, en un blanco de 76 centímetros de diámetro, á 36 metros y 50 centímetros de distancia. El número máximo de perdigones para la carga es el de 305.

La escopeta número 7 tira de 180 á 210 perdigones.	
Id. » número 8 » de 160 á 200 »	
Id. » número 9 » de 140 á 190 »	
Id. » número 10 » de 160 á 170 »	
Id. » número 11 » de 150 á 160 »	
Escopeta Hammerlen, sin gatillo, 1.ª clase, sistema choke.	120
Id. id. id. 2.ª clase.	750

Revolvers de Torchand y Wadsworth de Worcester (Estados-Únidos).	Francos.
Bull dog de triple raja de nuez; calibre, 320, nikelado.	35
Id. id. id. id. 380 id.	40
Terror id. id. id. 320 id.	35
Id. id. id. id. 380 id.	40
Revolver de accion doble id. 320 id.	55
Id. id. id. id. 380 id.	60

Escopetas de caza de 100 á 200 francos, de todos sistemas y calibres. Revólvers desde 8 hasta 120 francos. Carabinas de precision de los sistemas Martini, Stahl, Wetterli, Sharps, y municiones, enses y accesorios de caza y de tiro.

ARRIENDO DE UN COTO.—La dehesa denominada Fresnedoso, á dos kilómetros de la Estacion de Malpartida de Plasencia, y orillas del río Tiétar, se arrienda, con gran abundancia de caza menor y alguna mayor. El guarda de la referida dehesa, Francisco Rubio, enterará de las condiciones de dicho arriendo.

Madrid, 1879.—Imprenta, Estereotipia y Galvanoplastiade Aribau y C.ª Calle del Duque de Osuna, n.º 3.